



—Y si estamos contentos, como estamos,
no entiendo porque todos se han propuesto
meterse á arreglar esto.
¡Que no lo entiendo, vamos!

EL DERECHO A LA MUERTE

(La escena representa el cuarto de un enfermo. En la cama, pálido, macilento, el estudiante de Medicina Jorge Laugier, conociendo que padece una tuberculosis incurable, espera la visita del doctor Richomme, el gran especialista, llamado para una consulta suprema. Despues de la visita del doctor desfilan sucesivamente cerca del enfermo sus padres, su hermana Marta y, por último, su novia, Jane Aubruy.)

Jorge.—..... Ya sé que estoy perdido; mi última estancia en la montaña ha sido completamente inútil. Cura de aire, reposo absoluto, superalimentación, todo esto es muy bonito, con la condición de no llegar al tercer grado... Decididamente he sido estúpido en fatigarme tanto para el concurso del internado. (Con abatimiento.) ¿Para qué cultivar la inteligencia? Es primero la bestia lo que hay que cuidar. El porvenir es de las gentes que tienen el vientre sólido.....

El doctor Richomme (*entrando*).—Bien, amigo mío; ¿cómo se encuentra usted hoy? Vamos; me parece que el ojo está algo mejor. (Le toma el pulso; despues le ausculta.)

Jorge.—¡Ah! querido profesor; ya no puedo en adelante hacerme ninguna ilusión sobre mi suerte. Agradezco su abnegación con toda mi alma. ¡Ay! he hecho demasiada clínica para no estar convencido. ¡Mire mis brazos y mis piernas! ¡Desde esta mañana ya no puedo levantarme!..... Confiese usted que no tengo ni para un mes.

El doctor.—Usted no ignora que no hay nada imposible en la Naturaleza. Sería pueril negar la gravedad de su caso; pero he visto enfermos más graves que han curado. Es necesario continuar tomando regularmente la poción que le receté ayer..... Y sobre todo nada de ideas negras; el mejor remedio es el deseo de vivir.....

Jorge.—¡Ah! Doctor, si usted quisiera, en lugar de esta poción, que puede solamente prolongar mis sufrimientos, darme una fuerte dosis de morfina.....

El doctor.—¿Qué dice usted?..... ¡Esto sería la muerte en un cuarto de hora!

Jorge.—¡Eso es lo que pido! Doctor, antiguo amigo mío, oígame: somos de la misma profesión..... Sí, ya lo sé; lo que espero de su bondad sería para usted inadmisibile, si se tratara de un enfermo vulgar..... ¡Pero entre nosotros no hay ya reglas profesionales! Yo no soy un pobre diablo al que se puede animar con palabras de esperanza, el moribundo á quien se puede inspirar un pequeño goce de la vida con ayuda de una ilusión..... Usted sabe la fase terrible por la que va á hacerme atravesar mi mal. ¡Evíteme la tortura de morir minuto por minuto!

El doctor.—¡Usted reclama lo imposible! Aunque su muerte me pareciera cierta no me es permitido asesinarle. Por otra parte, repito á usted que no tiene el derecho de desesperar. (Con energía.) Usted tiene probabilidades serias de curar. ¡Vamos, valor! No caiga en la desesperación. Le dejo en las manos de sus excelentes padres, que le cuidan con una ternura conmovedora. ¿Tan difícil es dejarse mimar? Hasta la vista. Mañana volveré.

(Sale al mismo tiempo que entran los padres de Jorge.)

La madre.—¡Mira, Laugier, me parece que tiene mejor cara! ¿No es verdad que le encuentras mejor? Espera, voy á levantar sus almohadas.

El padre.—Sí, verdaderamente, tiene mejor cara. Los pómulos están rosados..... ¿Ha comido algo esta mañana?

La madre.—¡Ay! No. Hijo mío, ¿quieres tomar un huevo pasado por agua?

Jorge.—¡Pobre mamá! Paso todas las penas del mundo para tomar la cucharada de mi poción..... Perdóname que te ponga triste, querida mamá..... Vale más que sepas la verdad: ¡estoy perdido, irremisiblemente perdido!

La visita del doctor Richomme no me ha dejado la menor ilusión..... La agonía empieza.....

El padre y la madre (*juntos, acercándose á la cama*).—¡Ah, querido hijo!

Jorge.—¡No os aflijais!... Comprendo vuestro sufrimiento... ¡Ah! ¡Si quisierais, podríais disminuir el mío! Padre, acuérdate de lo que decías cuando mi tío Pedro murió de un cáncer en el estómago. Maldecías á los médicos, que prolongaban la existencia de tu desgraciado hermano por medio de inyecciones de cafeína... Cuando caía en el "coma", los doctores creíanse obligados á sacarle de su entorpecimiento con excitantes... El les gritaba: "¡Dejadme ya morir!"; pero los verdugos volvían á la vida aquel pingajo humano, para echarlo como una presa al mal terrible que lo roía...

El padre.—¡Desgraciado hijo! ¡Cumplían su deber!

Jorge (*con voz muy débil*).—¡Eran verdugos, os digo! ¡Ah, padre mío! Tú, que has sido tan bueno para mí; tú, que has trabajado tanto para asegurarme una carrera independiente, piensa que basta una pequeña dosis de morfina introducida en esa jeringa de Pravaz para darme el reposo... ¡Ah, el reposo! ¡El reposo! ¡Me lo debeis! Yo puedo aun extender una receta... firmarla... ¡Ningun farmacéutico rechazará en estas condiciones el... remedio!

El padre.—¡Pobre muchacho, querido hijo mío! ¡Tú tienes fiebre, deliras! (A su mujer llorosa.) Ven, querida, vamos á rogar á Marta que le venga á velar...

La madre.—Descansa, Jorge mío, procura dormir... (Aparte.) ¡Oh, esto es espantoso!

(Salen.)

Marta Laugier (*entrando despacito*).—... Está todavía despierto. Jorge, vengo á darte una buena noticia... Jane va á venir enseguida... Ha vencido la resistencia de su madre... ¡Le dan el permiso de verlo...

Jorge (*haciendo un esfuerzo desesperado para levantarse sobre la cama*).—¡Que no venga! ¡Que no venga!... Marta, ¡estoy perdido, estoy perdido!... No tengo ni un mes de vida. ¡Y qué vida! ¡Mi buena Marta! ¡Querida Marta!... Si tú fueras amable, ¡qué inmenso servicio podrías prestarme!

Marta.—¡Pobre Jorge! Mamá acaba de advertirme de tu locura. Ten piedad de nosotros, no añadas á nuestro dolor... Lo que pides es impío... ¡No! ¡No! Tú no estás enfermo hasta el punto de haber perdido toda esperanza. Tú eres de constitución robusta, tú vencerás el mal... Vamos, no destruyas el corazón de esa infortunada Jane no queriendo verla. ¡Ya sabes qué amor siente por tí! ¿Se puede desesperar de la vida cuando se es amado?

Jorge (*exhausto*).—¡Ay!

(Entra Jane Aubruy... Marta se retira discretamente.)

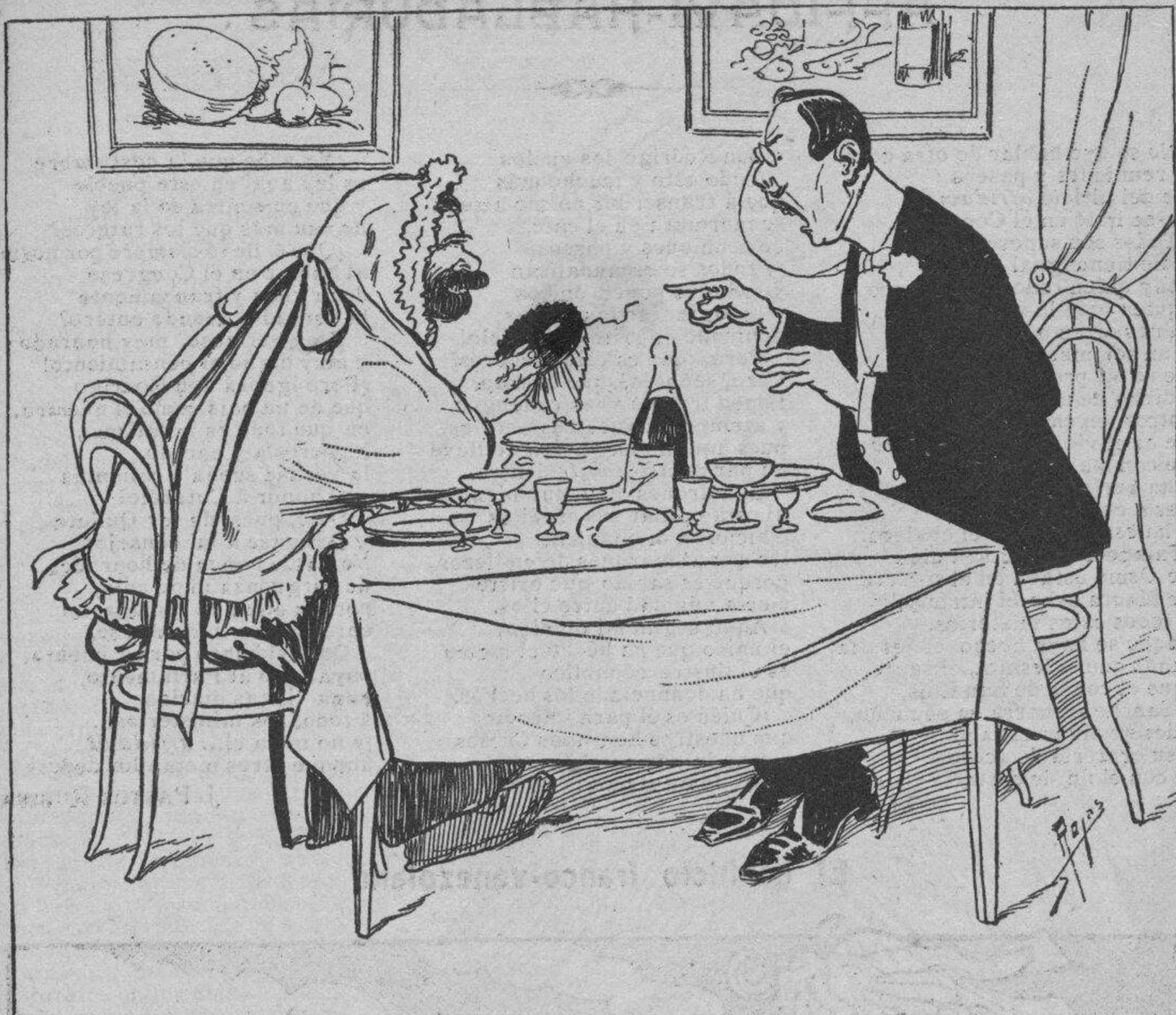
Jane (*tomando la mano de Jorge, enflaquecida hasta la transparencia*).—Mi bien amado, mi bien amado, ocho días hace que no he tenido la dicha de estrechar tu mano... Mi madre, obedeciendo á prejuicios de otros tiempos, encontraba mis visitas impropias... Ha tenido miedo de mi desesperación... ¡Héme aquí! Vendré todos los días, Jorge mío, hasta tu completa curación... ¿Cómo estás hoy, querido mío?

Jorge.—¡Ah, mi Jane, si hubiera aún en mí un germen de vida, tu presencia bastaría para desterrar mi mal para siempre! Jane, déjame reunir mis últimos alientos para decirte lo feliz que soy al contemplarte siempre hermosa y fuerte... Me parece que no moriré por entero dejando en la tierra á la que tanto he amado...

Jane.—¿Qué dices, Jorge? ¿Querías morir? ¿Tu juventud no desafiaba las peores enfermedades? ¡Ah! Te lo ruego, no me destruyas el corazón. No tienes el derecho de arrancarme la esperanza.

Jorge.—¡Pobrecita!... ¿Para qué querría enga-

Una conquista



—Pero ¿no es usted Juanita “La Guayabera?”
 —No, señor; soy un pobre albañil sin trabajo.

ñarte? Si no fuera guiado por mis conocimientos personales, la actitud de los médicos bastaría á consolidar mi pronóstico. Yo languideceré todavía algunas semanas en este lecho de dolor, en medio de torturas sin nombre... Asistiré consciente é impotente á la disgregación de mi sér. Veré mi vida desaparecer á pedazos, hasta que ¡horror supremo! mi inteligencia quede por debajo de la de un niño. Jane, mujer querida, con la cual había soñado fundar una familia; tú, que has sido el goce de mi corta vida; tú, tan amante y tan pura, ¿no me darás, como prueba magnífica de tu amor, el reposo al cual aspiro?...

Jane.—¡Cielos! ¿Qué quieres decir, Jorge querido?

Jorge (con un resto de fuerza).—Oye: tú puedes suprimir fácilmente esta pesadilla que me oprime. La morfina no es aún bastante segura... Oye mi última confidencia... Hazme el favor, que yo te hubiera hecho, te lo juro, si hubieras estado en mi caso... (Bajando la voz.) Acércate... acércate más... En mi cuarto, allí, al lado... en el primer cajón de la mesa... el de la izquierda... encontrarás un frasquito... de aconitina...

Jane (jadeante y medio rendida).—Desgraciado, ¿qué quieres?... ¿Yo?... ¿Sería yo?...

Jorge.—Jane, esposa mía... Te lo mando... ¡Ah!

¿me dejarás, pues, sufrir todos los suplicios de 1 in fierno?

(Jane, casi hipnotizada, pálida como una muerta, con paso automático, sale; luego vuelve con el frasco. Dada; pero, á un gesto imperioso de su prometido, le da el veneno, que Jorge bebe de un trago.)

Jorge (con voz apagada).—¡Oh, gracias!... ¡Gracias!... ¡Tu mano! ¡Dame tu mano!

Jane (como despertando de un sueño, miedosa, desesperada).—¡Socorro! ¡socorro!

(Llegan los padres, despues Marta, todos alocados.)

La madre.—¿Qué hay, Dios mío?

Jane.—¡Ah! ¡Desgraciada! ¡Qué desgraciada soy! He tenido la debilidad de darle el veneno.

El padre (retrocediendo indignado).—¡Ah! ¡Es espantoso lo que ha hecho usted!

Jane.—¡Perdónenme! ¡Perdónenme!... ¡Estaba loca!

Jorge (en el estertor de la agonía, pero conservando aun toda su lucidez).—¡Callad! ¡Callad, miserables! (Señalando á su novia con el dedo.) ¡Este es el solo sér que me ha amado!... (Cae de espaldas. Muere.)

MAURICIO AJAM.

(Traducción de Eduardo Llorens.)

AFFIDAVI-HABLABURÍAS

No se oye hablar de otra cosa en reuniones y paseos que del último *affidavit* que se lidió en el Congreso.

Todas son suposiciones, nadie tiene igual criterio y hay quien todo lo ve blanco y quien todo lo ve negro.

Unos dicen que Soriano es un solemne embustero que se ha propuesto amargar la dicha de un pobre viejo, y otros, en cambio, aseguran que es el viejo un *chupoptero* que con malicia moruna se ha burlado del Gobierno, pues á costa del Tesoro se ha *estampillado* el chaleco.

Tampoco falta quien diga que Osma estaba en el secreto, que Maura sabe el intríngulis de todos estos misterios, aunque se haya hecho el jesuíta, y, más que el jesuíta, el sueco, y que el conde de San Luis, un Sanchez Guerra en pequeño, al desenvainar el sable de su oratoria de acero fué con el fin de cortarle

á don Rodrigo los vuelos

Todo esto y mucho más que á transcribir no me atrevo se murmura en el café, en reuniones y paseos, ¡y todos se escandalizan y todos se ponen épicos y todos juntan las manos poniendo el grito en el cielo!

Pero, ¿qué es esto, señores? Pero, señores, ¿qué es esto? Poned freno á vuestra lengua y atemperad vuestros nervios, pues aquí no hay quien no lleve un par de *affidavits* dentro.

El marqués hizo muy bien al estampillar sus créditos é hicieron divinamente los que al marqués defendieron, porque es sabido que existe cierta afinidad entre ellos.

Aquí, según mi opinión, el único que ha hecho el memo es el ilustre repúblico que ha denunciado los hechos.

¿Quién es él para impedir que nuestros honrados Cresos metan la uña en el Tesoro y nos dejen sin un céntimo?

¿No sabe que la costumbre es ley aquí en este pueblo y que en contra de la ley no van más que los rateros?

¿Que él llevó siempre por norma al hablar en el Congreso decir ruda y francamente la verdad al mundo entero?

¡Muy hermoso, muy honrado y muy digno el pensamiento! ¿Pero ignora don Rodrigo que en un país como el nuestro, en que todo es jesuitismo, hipocresía y enredo, la verdad suena á calumnia y el honor á Cotarelo?

Deje, pues, de ser Quijote y aténgase á mi consejo: No hable nunca de honradez, de vergüenza ni de celo, porque aquí, en España, no entendemos nada de eso.

Obre siempre por su cuenta, vaya poco al Parlamento, haga visitas diarias á todos los ministerios... ¡y no meta el... *affidavit* aunque otros metan los dedos!

J. PASTOR RUBIRA.

El conflicto franco-venezolano



—Cuando se está en el baile, hay que bailar, amigo Castro.

Las mujeres

De París

de Burguete

Burguete, mi inolvidable amigo Burguete, ha fallecido no se sabe si á consecuencia de un miserere ó un ora-pronobis, pero desde luego por algo clerical.

El ilustre difunto se ha llevado al sepulcro la profunda amistad de cuantos habíamos tenido la dicha de tratarle, y por esto no os habrá de extrañar que le dedique hoy un artículo *negrológico*, que dice su apetitosa viuda doña Acacia del Campillo, señora de nobles sentimientos, aunque obesa y un tanto coloradota.

Nació don Calixto Burguete y Cerotillo allá por los años de la era *mora*, es decir, por los tiempos de Prim, fruto de los amores desdichados de una navalcarnerina y de un oficial tercero, que se murieron poco tiempo despues á consecuencia de una morcilla triquinosa que comieron por equivocacion.

Desde sus primeros años demostró gran predilección por las primeras y últimas letras, sabiéndose á los cuatro de memoria la A, B, C y la X, Y, Z. Este aprovechamiento y el cariño maternal que le dispensaba una tía solterona fueron la nota característica de su infancia, que transcurrió plácidamente, sin más nubes que las naturales en los días de lluvia y una que le salió en el ojo derecho, costándole, como es de suponer, un *ojo de la cara* la curacion.

No entibió esto su afán por el estudio y á los veinte años, aparte lo del ojo, se le habría considerado como un joven completísimo, digno de emparentar con una princesa de la sangre, si él no hubiera tenido los ideales democráticos más arraigados que Canalejas.

Por esto quizá el muchacho procuró una novia democrática en grado sumo, hija de un acreditado vendedor de alfalfa y de una distinguida comadrona, que aportó al domicilio conyugal el conveniente mobiliario y cien mil reales, más hermosos que el mejor timbre de nobleza, porque lo que él decía:

—Con los cien mil reales, una mujer y mi talento... ¡sonriáanse ustedes! ¡La tierra es chica para mí!

Pero ¡ay! la felicidad es un robo, que dice doña Acacia, confundiendo la frase. A los tres meses de matrimonio, la alfalfa tuvo por conveniente abandonar á su esposo, haciéndolo heredero universal y pasando á mejor vida con la mayor tranquilidad.

Burguete quedóse acongojadísimo y se comprende...

¡Dejar la luna de miel, cuando se está tan ricamente en la luna!

Sin embargo, no hay mal que cien años dure, ni



Nota del boulevard.

viudo joven que no reincida, y á los pocos meses recibí la siguiente tarjeta:

Calixto Burguete y Cerotillo
y
Agapita Riñoncillo Tirabeque,
tienen el honor de participarle á V. su efectuado enlace y ofrecerle su nueva casa,
AVEMARÍA, 3 TRIPLICADO, MADRID.

Yo no sé si serían influencias del invierno ó la sorpresa, lo cierto es que al leer la tarjeta me quedé frío y tuve que ponerme el gaban.

¡Calixto casado y trasladado! ¡Oh, mudanzas del pensamiento y oh, carros de mudanzas!

Pasada la primera impresion, quise ver á Burguete, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, pues no

dije más que ¡Avemaría... 3 triplicado!, para recordar las señas, dirígeme á la nueva casa de mi amigo.

Abrióme la puerta la esposa número dos de Burguete, y poco despues mi amigo se echaba en mis brazos para contarme la dicha que sentía.

La mujer era un tesoro... Buena, hacendosa... ¡nada! una hembra modelo. Hacía un mes que se habían casado y en la casa todo era alegría y contento.

—¡Si vieras qué enamorada está de mí!—me decía el infeliz Cerotillo.

Y á todo esto Burguete pretendiendo enseñarme la casa... ¡Tal no se le hubiese ocurrido!

Quiso mostrarme la alcoba, contrariando á su enamorada mujercita, y... ¡tableau! escondido tras las cortinas apareció un sujeto bien trajeado... El estupor de Burguete fué enorme...

—Caballero, ¿qué hace usted aquí?—preguntó mi amigo con voz tonante.

—¡Pshel! ¡Encaje de bolillos!—contestó el otro.

—¡Déjale, Calixto! Ya ves tú, está haciendo encajes para mí; de modo que...

Calixto, bonachon como él solo, sintióse convencido por su mujer y no pasó de aquí la cosa.

Afortunadamente para Burguete su fidelísima *cónyuga* murió de un berriñche á los pocos días.

Tampoco escarmentó esta vez mi amigo y volvió á casarse. Supe la novedad por la novia, doña Acacia del Campillo, que ha sido la que ha cargado con Calixto hasta su muerte.

¡Esa sí que es una buena mujer!

Calixto Burguete y Cerotillo no desempeñó nunca cargo oficial y pertenecía á los que suben por derecho propio... Lo malo está en que siempre le había salido torcido este derecho.

Descansa, por fin, en paz, ilustre victima del amor y si algun día oyes decir desde la tumba que tu adorada Acacia resulta una *acacia* amarga, no te preocupes ni te levantes de la tumba...

¡Nos llevamos tan bien doña Acacia y yo!

JUAN SINCERO.

La misa devota

I

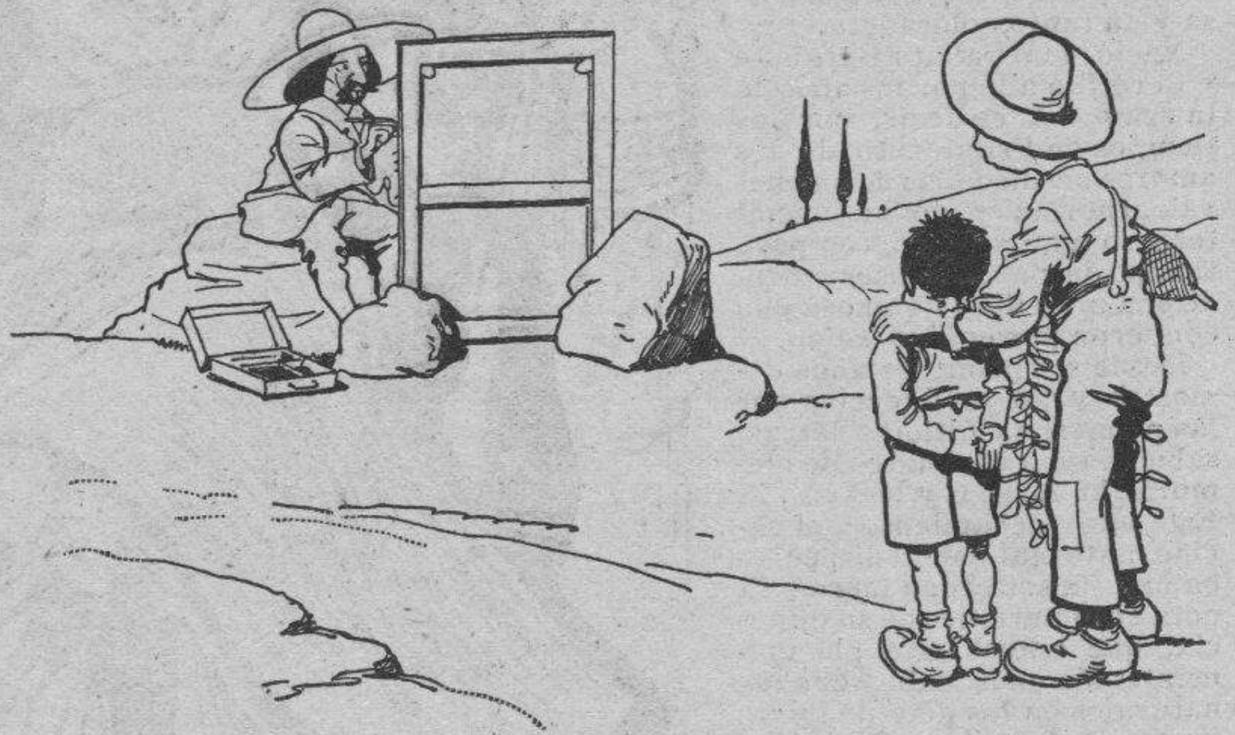
Nuestra santa madre la Iglesia tiene un cuidado especialísimo de que todas las cosas pertenecientes al culto vayan hechas con todo el respeto y veneracion posibles. Para ello escribió infinidad de rituales y libros de ceremonias, que la mayoría de los curas ignoran, y en Roma tiene á guisa de vigilante perpetuo una Comision de cardenales llamada *Congregacion de Ritos*, cuyo único objeto

y fin es procurar el orden y respeto en todas las prácticas religiosas.

Supongo que será muy raro el lector que alguna vez no haya oído alguna misa. Ya se sabe: en la vida hay compromisos terribles. Tampoco faltará lector que haya observado que hay misas *cortas*, y éstas son la mayoría, y misas *largas*. Las primeras son las delicias de soldados, colegiales, criadas y dependientes de comercio que á ellas asisten por obligacion; las segundas refrescan el espíritu de los devotos y son manantial de placer para los novios que se han puesto juntos y tocando silla con silla. Estas misas *largas* son tambien muy apetecidas por esas niñas que se quedan en casa con la criada mientras la mamá va á la iglesia, ausencia que se aprovecha para hacer que suba al piso el gomoso que lleva una hora de planton en la esquina, como lo atestigua aquel antiguo cantar:

Mi madre se fué á misa,
subió mi novio.

Pintura aérea



1—Mira aquel señorito como pinta.
—¡Y qué buen aire hace hoy! ¡Qué lástima que hayamos perdido la cometa...!



2—Ata tú ahí bien, que yo me encargo de los tirantes.

¡Así fuera la misa de San Antonio!

que, para que lo sepan los profanos, fué una misa que duró veinte horas, efecto de un éxtasis del taumaturgo de Padua.

Lo que muchos no sabrán es que todo cura que dice la misa en menos de veinte minutos comete un pecado mortal, y muchos obispos tienen impuesta pena de suspensión a los clérigos que en el argot eclesiástico se llaman relámpagos. Aclarado todo esto, veamos cómo una misa larga se puede convertir en corta sin culpa del que la dice.

II.

Don Toribio Ibarra, capellan de las Clarisas de N..., era un vizcaíno fuerte, escrupuloso y casi estoy por decir que modelo de capellan de monjas. Tenia la monomanía de los ritos y ceremonias, preciándose de conocer el Ritual mejor que ningun cura y, lo

que valía más, de observarlo con escrupulosidad. Don Toribio en el altar estaba en su centro y elemento; las cosas más nimias, los detalles más insignificantes tenían para él un valor inestimable. No digo yo que tuviera aquel entusiasmo ritual de Santa Teresa, que afirmó en sus escritos que hubiera dado la vida por el más pequeño detalle del culto, pero sí que era el más celoso guardian de todas estas fruslerías, siendo su mayor enemigo el que las omitía ó despreciaba. Nadie mejor que Domingo, el monaguillo del convento, pudiera hablarnos de esto, el cual había llevado más de tres bofetadas por atropellar el latín al ayudar á misa. Un dia, por cambiar el misal con precipitación, lo tiró al suelo; las monjas soltaron una risotada, pero don Toribio despues en la sacristía le atizó una tollina de primera, diciéndole entre cachete y cachete:

—Ya sabes que la misa quiero que vaya despacio, muy despacio...

Domingo se las juró á don Toribio, y lo cumplió.

III

Tanto encomiaban las monjas la religiosidad de don Toribio, su fervor en los actos del culto y lo devota que resultaba su misa que aquella mañana una familia muy principal de N... vino á oirla.

Al ver entrar en la iglesia tantos señores, Domingo se restregó las manos y dijo:

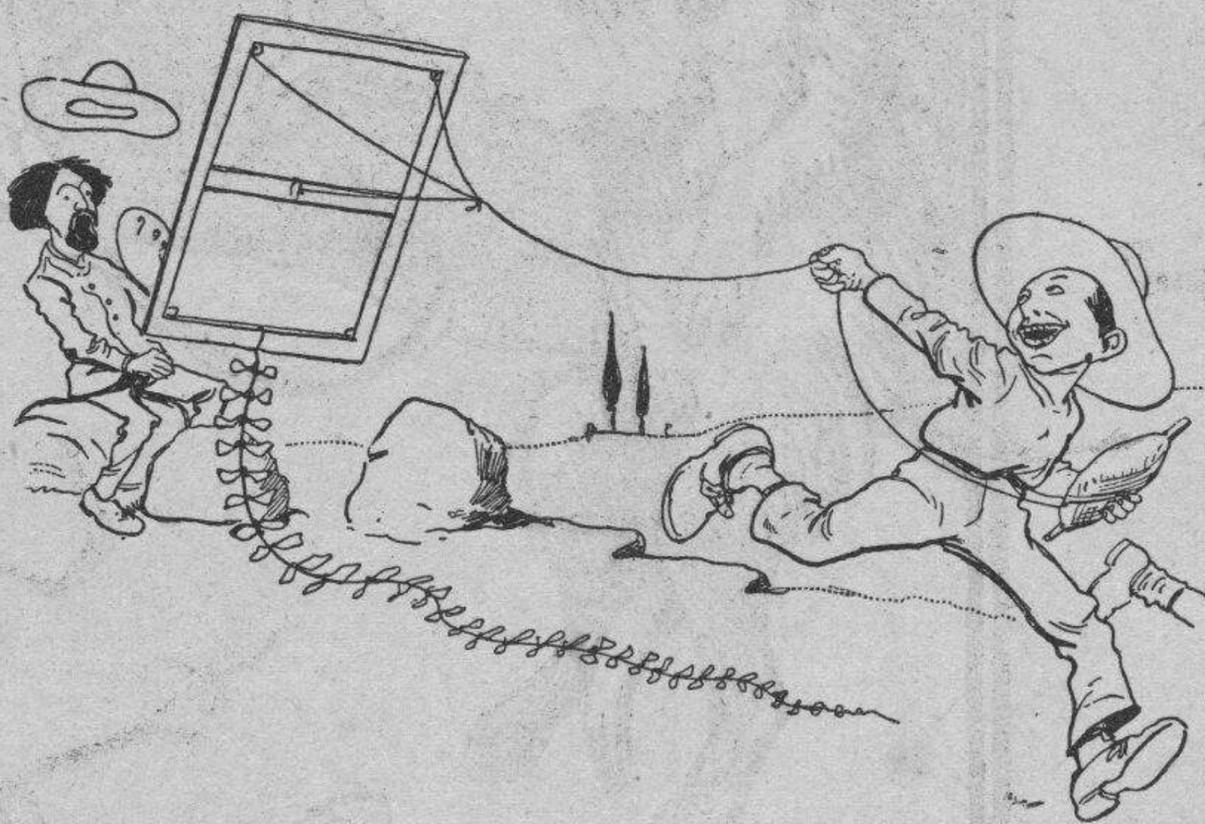
—Esta es la mía.

Fuése á la sacristía, preparó los ornamentos, y en el amito, lienzo cuadrado que los curas se ponen al cuello, vertió el contenido de un papelito. Llegó don Toribio, revistióse y salió al altar con más solemnidad que un patriarca. Al principio todo fué bien; Domingo respondía despacio y con suma calma, y don Toribio se esponjaba, sintiéndose el blanco de todas las miradas. De pronto comenzó á mover la cabeza, de cuando en cuando se rascaba el cuello, se puso colorado como un tomate, se agitaba nervioso y volvía las hojas del misal con una furia de vendaval. Hizo señas al chico para que se diese prisa; pero éste cada vez respondía y hacia las cosas con más calma. Las contorsiones de don Toribio iban en aumento, y, no pudiéndose ya contener, cerró de golpe el misal y dejó la misa á medias.

La familia invitada por las monjas se fué escandalizada, mientras Domingo reventaba de risa, y don Toribio, en la sacristía, registraba los ornamentos, buscando el origen de aquel picor inaguantable y que era sencillamente polvos de pica-pica.

La priora llamó á don Toribio al tornó y le dijo: —Esto es un escándalo; ha atropellado usted por

Pintura aérea



3.—Adios, señor pintor.

—¿Qué es esto? ¡El arte por las nubes!



4.—¡Qué lastima! ¡Tan bonito como me había salido!...

completo el santo sacrificio de la misa. ¿Qué habrán dicho los fieles?...

—Señora—exclamó don Toribio furioso—, si la hubieran echado á usted en... las narices lo que á mí me han echado en el cuello, no vendría usted con estas majaderías.

Desde aquel día la *misa devota* de don Toribio quedó desacreditada por completo.

FRAY GERUNDIO.

AUTOBIOGRAFÍAS

JACKSON VEYAN

Diré con afán prolijo, aunque mi pecho taladre, lo que es y será de fijo hoy y mañana este hijo que trajo al mundo mi madre.

Nunca escribir he sabido, jamás he versificado; mas, la verdad, me he traído mil martingalas y he andado por ahí como he podido.

Mi *inutilidad* á la vista de cualquier míope salta. Ni hombre de ciencia, ni artista, de otra profesion á falta, me metí á telegrafista.

Me puse versos á hacer y cual caso extraordinario todos me deben tener, pues me llegaron á hacer del cuerpo... bibliotecario.

Y como libros no hay es un destino ¡caray! que no me hace tragar quina; pues por tal razon ¡velay! nunca voy á la oficina.

Cualquier joven literato encuentra en mí protector. Trae un libro malo ó peor y, si hablo con él un rato, pues... firmo con el autor.

Mis quince hijos son mi clave. ¿Que quiero que alguien me alabe? Saco á colacion mis hijos.

¡¡Por ellos lucho cual ave por sus polluelos canijos!!

Mas os debo de advertir (y os ruego en secreto quede) que cada uno (es un decir) si tiene afán de vivir se las busca como puede.

Pues aunque les tengo amor, y, aunque con dolor profundo, desde el pequeño al mayor los echo á andar por el mundo cuanto más pronto mejor.

Mis cualidades están dichas. Si algo me mandais os serviré con afán.

Contad, pues, como queráis con

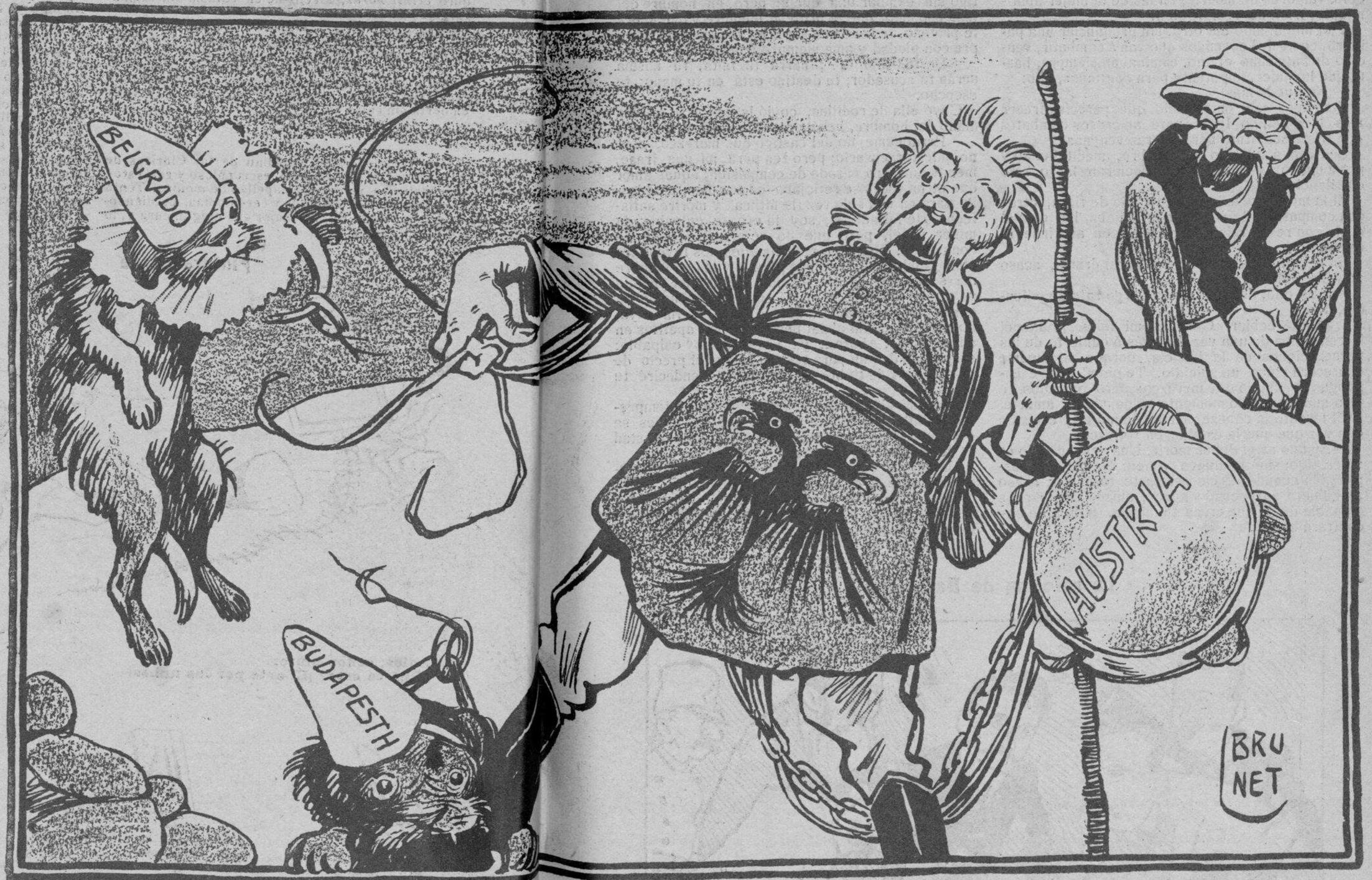
JOSÉ JACKSON VEYAN.
Por la imitacion,
M. JIMENEZ MOYA

Los crímenes de la virtud

La noche era de espléndida belleza. La luz de la luna caía sobre la tierra como un beso de dicha, el viento manso y jugueton arran-

caba á las hojas de los árboles rumores que parecían cánticos de amor; los insectos zumbaban entre la yerba, los ruisenores entonaban el himno de

EL CONFLICTO AUSTRO-HÚNGARO



El los hacía bailar; mas ya en hora
de que el cordel rompieran

y de él se deshicieran.
¡Vamos á ver quién baila desde ahora!

la vida, los arroyos se deslizaban como ágiles reptiles de plateadas escamas y todo parecía pletórico de fecundidad.

Era una explosion de amor provocada por el beso de la primavera; el *fial* despertando á la Creacion dormida en los helados brazos del invierno; el *surgit* dicho ante el sepulcro de Lázaro, si Lázaro hubiera sido símbolo y representacion de la existencia.

Dos seres atravesaban el bosque. Un hombre y una mujer.

Ambos jóvenes, ambos robustos, ambos aptos para añadir una nota al himno de la Naturaleza creadora, y, sin embargo, ambos marchaban silenciosos.

El, encerrado en una sombría meditacion, ella suspirando á veces, conteniendo á duras penas lágrimas que querían escapar de sus ojos, abatida,

con el paso vacilante y pesado de la víctima que marcha al sacrificio.

En las miradas del hombre había amenazas, odio, fulgores de muerte; en las de la mujer abatimiento, tristeza, resignación.

Y el uno al lado del otro, sin pronunciar una palabra, como dos enemigos que van á combatir, vencido de antemano el uno, caminaban siempre, hasta que la mujer, impotente para continuar, dijo:

—¡No puedo más!

Y se dejó caer en el suelo, que parecía ofrecer más bien blando lecho para amorosos combates que triste sepultura para negras venganzas.

Sentóse á su lado el hombre, meditabundo y preocupado, y ambos permanecieron largo rato en silencio.

El la miraba unas veces con odio de fiera, otras con compasión de ángel; ella bajaba los ojos al suelo con resignación de mártir, con abatimiento de vencido.

En aquellos seres se adivinaba un drama, acaso una tragedia.

Por fin ella, después de un largo rato de silencio, dijo:

—¿A qué hablar? Conoces mi falta. ¡Mátame! Terminemos de una vez. Estarás á cubierto de las persecuciones de la justicia, porque mi muerte aparecerá como un suicidio. Te pido que me impongas el castigo que merezco; pero por Dios te juro que ni un solo momento he dejado de amarte.

El levantó la cabeza, miró á la mujer y exclamó con voz que quería estallar en sollozos:

—Aun no sé si debes morir. Una venganza no es un castigo, sino un nuevo crimen. Nada había sospechado cuando tú me revelaste tu delito; acaso no hubiera sospechado nunca, quizás eres menos culpable de lo que crees tú misma. ¡Oh, si te encontrara inocente!

Había en estas palabras acentos de plegaria, vehemencias de deseo ardiente é infinito.

—¡No!—dijo ella—, soy culpable, recibiré el castigo sin exhalar una queja; pero, en nombre del inmenso amor que te profesé siempre y que ahora te profeso, te haré una súplica: recuérdame siempre con piedad y ama siempre á nuestro hijo.

—Basta—dijo él; narra tu falta, tú misma serás tu acusador; tu destino está en tu mano; te escucho.

Cayó ella de rodillas, cogió la ancha y callosa mano del hombre, besóla repetidas veces, y dijo:

—Perdóname, no del castigo que merezco, esto no quiero excusarlo; pero ten para mí una frase, menos aún, una mirada de compasión; aquel amor que otras veces se reflejaba en tus ojos, que brille para mí una sola vez ¡la última! y moriré satisfecha. He faltado, sí; soy la esposa culpable, la mujer infiel, pero que no se arrastra pidiendo compasión. ¡No! ¡Eso no! Mis hijos, los tuyos, tenían hambre; tú estabas parado y aquel hombre me solicitaba, me perseguía... arrojó un puñado de oro á mis pies y pensé que por encima de tu honra estaba la miseria de mis hijos, y fui suya; no le entregué mi alma; pero sació sus apetitos en mi cuerpo... Ahora... ya lo sabes, soy culpable; un pedazo de pan para tus hijos fué el precio de mi cuerpo y de tu honra. Mátame y bendeciré tu mano...

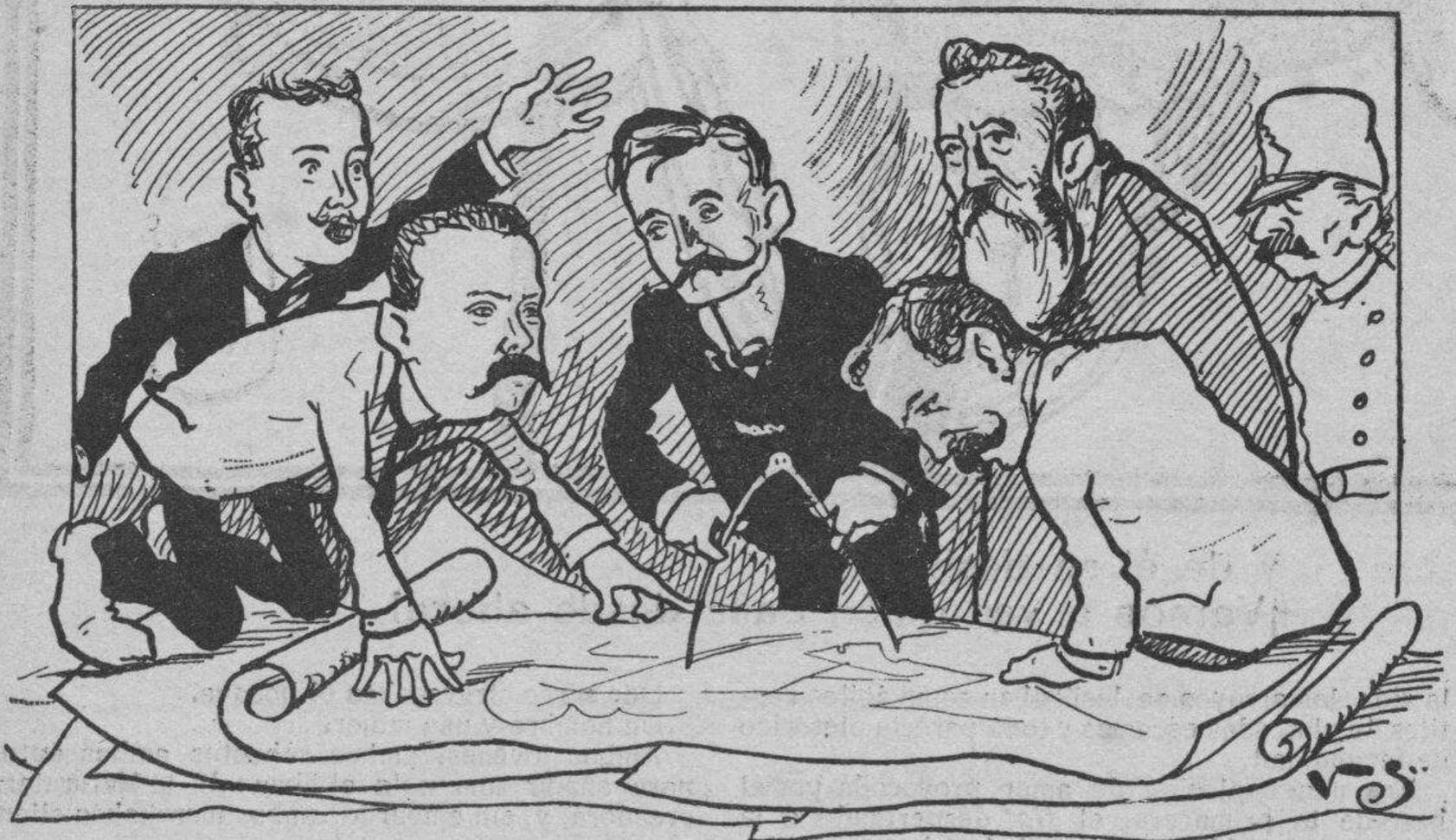
El la miraba sombrío y amenazador; la tempestad brillaba en sus ojos; pero como las nubes se deshacen en lluvia, aquellas señales de tempestad se deshicieron en lágrimas.

Un sollozo brotó del pecho del hombre y después una lluvia de llanto cayó de sus ojos.

Alzó del suelo á su esposa diciendo:

—¡Pobre mártir! ¿De qué habré de perdonarte? Tu martirio no es un delito; tu falta es un sacrificio.

La reforma de Barcelona



—¿Qué se vea que servimos para algo! ..

—¡Aunque no sea más que para meter ruido!..

Y al pronunciar estas palabras sus ojos se fijaban en el cielo con expresion de odio.

Se dulcificaron al contemplar de nuevo á aquella mujer, y, empañados por las lágrimas, tomaron expresion de amor infinito, cuando sus labios murmuraban:

—¡Deber! ¡Amor! ¡Odio! ¡Qué de frases tiene la humanidad cuyo alcance no ha llegado á comprender!

J. AMBROSIO PEREZ

GOLFEMIA

—¿Que dónde nació yo? Pues no me acuerdo.
 ¿Mi madre? Yo no sé quién fué mi madre; yo tengo para mí que me engendraron en el negro rincon de alguna calle, sobre escombros quizás ó, tal vez, sobre montones de guiñapos miserables, en medio del silencio de los campos, donde se engendra todo lo que nace para ser de este mundo las víctimas del crimen ó del hambre. La Inclusa fué mi hogar primeramente, el arroyo más tarde, y hoy, ya usted lo ve, por casa tengo, señor, toda la cárcel.

¿Cómo vine hasta aquí? Pues muy sencillo: Una noche de invierno en que el hambre y el frío flagelaban mi cuerpo, iba yo pregonando por las calles la Prensa de la noche, repitiendo con títulos pomposos y atrayentes los últimos sucesos; cuando, al volver la esquina, con ese trotecillo de podenco que el tufo del mendrugo codiciado con ansia va siguiendo, tropecé de repente con un hombre, digo, con uno de esos señoritos de guante y frac que llama el mundo caballeros; y despues que insultó mal á mi madre con palabras soeces é improprios —que, aunque no sé quién es, la quiero mucho, digo más, la venero— con un baston me apaleó, lo mismo que si yo fuese un perro. Algo que yo no sé cegó mis ojos, algo que yo no sé rugió en mi pecho, y la sed de matar secó mis labios, y el instinto del tigre despierto corrió por mis arterias y la sangre cayó como un torrente en mi cerebro.

Despues, al día siguiente, la silueta de dos coches muy negros, el uno caminando hacia el presidio y el otro al cementerio.

Señor, ya sabe usted por qué hace años que me encuentro en la cárcel; despues de todo, aquí no siento frío, aquí no paso hambre!...

M. LOZANO CASADO.

La situacion municipal



—A pesar de todo, no está usted á suficiente altura, señor marqués!...



¡Sí que es notable lo que sucede entre la gente de *El Liberal!* Carlos del Río, que aquí termina y á los Madriles al fin se va, es despedido con un afecto, con un cariño tan fraternal, que al leer las líneas de letras gruesas que le dedican alguien creerá que hasta con lágrimas lo han despedido y que su marcha sienten la mar.



¿De qué manera podría presentarme y entablar conversacion con la señorita Aurelia?

Pero, señores, ¡qué exagerados son estos chicos de *El Liberal*!

**

Leo sin admirarme:
"En Tsarkoieselo han sido arrestadas dos religiosas portadoras de bombas."

Siempre sospeché yo que en estas cosas intervenían manos religiosas.

**

Han sido procesados dos traperos que compraban objetos mil robados; pues si somos sinceros y hablamos como honrados, excusando razones, diremos que si se obra con tal saña se harán las transacciones imposibles, tal vez, en toda España.

**

Lo mismo que en cualquier lado la Cleo se ha presentado en Madrid con las orejas tapadas. Y de las conversaciones y de las murmuraciones las orejas endiabladas son el *quid*.

La célebre Conferencia, de don Alfonso la ausencia, lo de las jurisdicciones, todo está, para las conversaciones, para las murmuraciones, muy por bajo de ese asunto, que es allá el más importante punto: ¿Por qué así peinada va? Hoy les importa lo mismo Moret y el catalanismo, Romanones, Canalejas, y allí no hay, por lo que veo, nada más que las orejas, las orejas de la Cleo. ¡Oh, sociedad talentuda! Fijad bien vuestra atencion en esa grave cuestion... ¡que es cuestion muy orejudal!

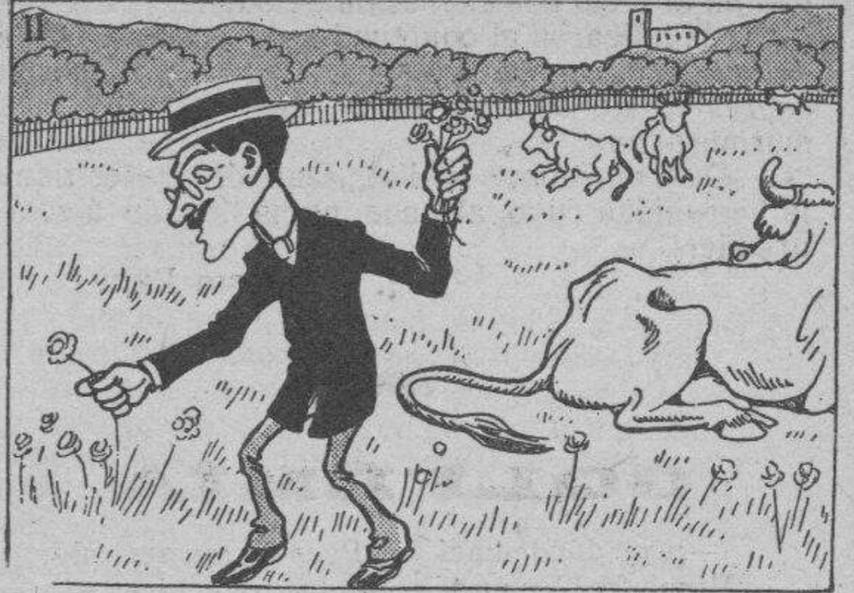
**

Las labores de la Arrendataria podrán ser malas, pero á la Compañía le sobra ingenio.

Hoy vende á 40 céntimos los tabacos de 50, despues de rebajar considerablemente la calidad de los mismos.

En los demás cigarros la compensacion es aun más eficaz y profunda.

Si te atreves, lector, á fumar un peninsular barato, el éter de tu alma irá á confundirse inmediatamente con las vibraciones del ilimitado espacio.



—Haciendo un bouquet de estas flores silvestres...

Y dejarás de ser español, lo cual equivale á una espléndida recompensa de haberlo sido.

**

Es Pinilla un nuevo Jano que, aunque por republicano está en el Ayuntamiento, continúa en su elemento monarqui-canalejiano. ¡Vaya un Pinilla con vista! A unos y otros se conquista, pues el *gachó*, muy prudente, paga su cuota corriente del Centro canalejista.

Son estas costumbres viejas, son martingalas añejas... mas conste que á ese guason igual le da Salmeron que don José Canalejas.

**

Las potencias han tenido la bondad de concedernos en la Conferencia de Algeciras el derecho de perseguir el contrabando de armas en el Riff.

La cosa tiene gracia: prometemos hacer en Africa lo que no sabemos hacer en España.

Bien dice el refan: Para mi casa no valgo, para mi suegra hilo y devano.

¡Oh sublime talento el de Almodóvar!

El mes de Enero que acaba de transcurrir se ha hecho célebre por su frialdad suma, tanto que hace muchos años no se había observado una temperatura tan baja.

Pero, á pesar de esto, no han faltado seres que han gozado de un calor excesivo.

Y si no que lo digan los gatos.

**

Ramiro de Maeztu acaba de descubrir que la palabra *spleen* es desconocida en Inglaterra y que nadie sabe lo que significa.

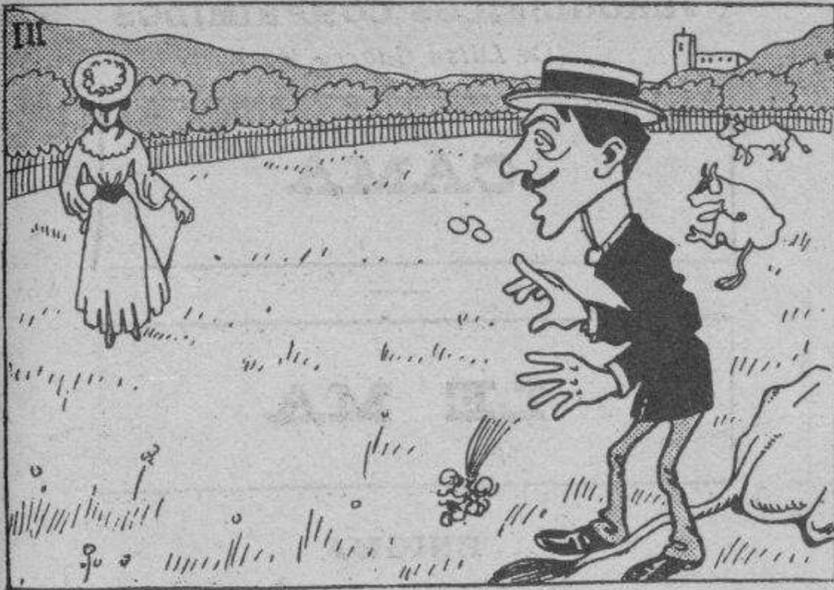
Tambien *Azorin* descubrió que en San Sebastian estaba prohibido el mar.

Estos jóvenes periodistas son terribles...

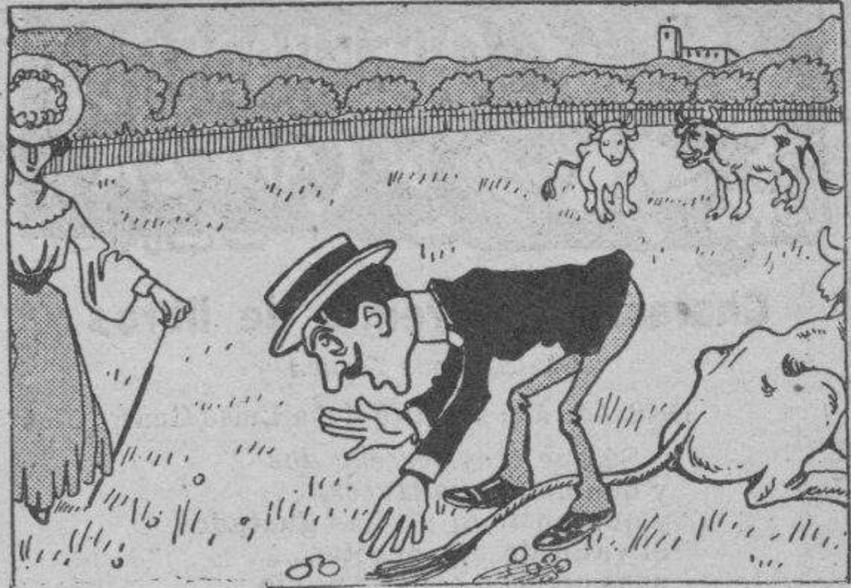
**

LAS MUJERES DEL MOKRI.

El Mokri, presintiendo cuerdamente la eternidad de la alta Conferencia, se ha traído á Algeciras á su gente. Perdida ya la conyugal paciencia, envió despues por sus tres mil huríes, que el telégrafo trueca en tres esposas, como si en los serrallos marroquíes fueran posibles semejantes cosas. Allí, donde el que menos se envanece del favor que ha debido á la fortuna, tiene en su harem poblado ciento trece damas y cada dia compra una. ¡Mentiroso semáforo de España!



— ¡Demonio! Ahora viene. ¡Qué emoción!



— ¡Se me han caído los lentes!... ¿Y las flores?...



— Señorita: Admita de este joven que la adora este testimonio de amor puro...!

¡Bien se ve que de prácticas moriscas
no entiendes ó las crees una patraña,
y que no sabes nada de odaliscas!
¡Que es tu imaginacion harto española,
que no acierta á variar bien los placeres,
y suspira por una mujer sola
y no puede entrever tres mil mujeres!

**
Versos próximos de Grilo
que me mandan por el hilo.*

Al verte así, animado
por amor puro,
de tu dicha futura
estoy seguro.
Permite que de gozo
henchido, ladre...
Pienso que, entusiasmada,
¡llora tu madre!
¡Llegan á mi los sonos
de vuestros trinos!
El amor une ardiente
dos palominos,
y yo en sueño poético
formo la escena
que me inspira mi musa,
de gozo llena.
Una cámara oscura

llena de aromas
á cuya puerta, tímido,
tu cara asomas.
La dama que te aguarda
llena de amores
y que á su cara asoman
dos mil colores.
Como aquello está oscuro,
tú, por cautela,
con un fósforo prendes
fuego á una vela.
Despues allí suceden
miles de cosas,
pero todas ¡tan dulces!
¡¡tan amorosas!!
Yo, fiel, cual siempre he sido,
de allí no salgo,
pues pienso que te pueda
servir de algo.
Por temor á un trastazo
que dar pudierais
cuando más embebidos
quizá estuvierais,
temiendo que se caiga
vuestra candela
yo me ofrezco y, ansioso,
tengo la vela.



Charada con premio de libros

(De Segundo Toque.)

Dedicada á la señorita doña Luisa Guarro Mas

Sé que eres *tercera dos*
y que no *prima tercera*
y que en *todo* no has gastado
el valor de dos pesetas,
pues no creo tengas novio
aun, al cual hacer puedas
esta clase de presentes,
que él mucho te agradeciera.

Concurso n.º 13.--UN GRUPO EXCÉNTRICO



¿Cómo se las arreglarían ustedes para combinar estos fragmentos de modo que aparezcan dos *clowns* en actitud de ejecutar un difícil y atrevido equilibrio?

Entre los que envíen la solución exactamente igual á la que insertaremos en el número correspondiente al 24 del corriente distribuiremos, por partes iguales, un premio de 50 pesetas; caso de ser solo uno el que la remita, á él le será adjudicada la referida cantidad. Las soluciones, que únicamente se admitirán hasta el día 18, deberán enviarse bajo sobre cerrado, expresándose con toda claridad el nombre del remitente y las señas de su domicilio.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

(De Luisa Guarro Mas)

CAMA

LE MA

ENIGMA

(De Luisa Guarro Mas)

Delante de los soldados
me verás siempre formar,
no así con los oficiales,
de los cuales voy detrás.

Cuando el regimiento marcha
de las bandas al compás,
entre la música me hallo,
como tú ya lo verás.

PROBLEMA de MECÁNICA

(De Francisco Masjuan Prats)

Si una barra de hierro, cuya sección transversal es un cuadrado de 9 milímetros de lado, pudiese ser suspendida verticalmente por uno de sus extremos en un punto suficientemente elevado, se rompería á cierta distancia de aquel punto, á causa de su propio peso. Teniendo en cuenta que el trozo que se desprenderá en la barra de nuestro problema representa los $\frac{5}{16}$ de la longitud total de ella; que el coeficiente de ruptura del hierro es de 62'3 kilos en un alambre de un milímetro cuadrado de sección y que la densidad del hierro es de 7'78 kilogramos en decímetro cúbico, indíquese en metros y kilogramos lo siguiente: La longitud total de la barra; la del trozo desprendido; la distancia que hay del punto de ruptura al de suspensión; el peso total de la barra y, finalmente, el del trozo que se desprende.

Soluciones

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 20 de Enero)

AL ROMPE-CABEZAS

CON PREMIO DE LIBROS

No es tan fiero el leon como lo pintan. — Quien se pone debajo de la hoja dos veces se moja. — El golpe de la sartén aunque no duele, tizna. Pescador que pesca un pez pescador es.

A LAS CHARADAS

Cabello
Cárabo

A LA TARJETA*

Pides más que un catalan

AL CONCURSO N.º 12

A LA COMBINACION

Opalo

AL ACRÓSTICO

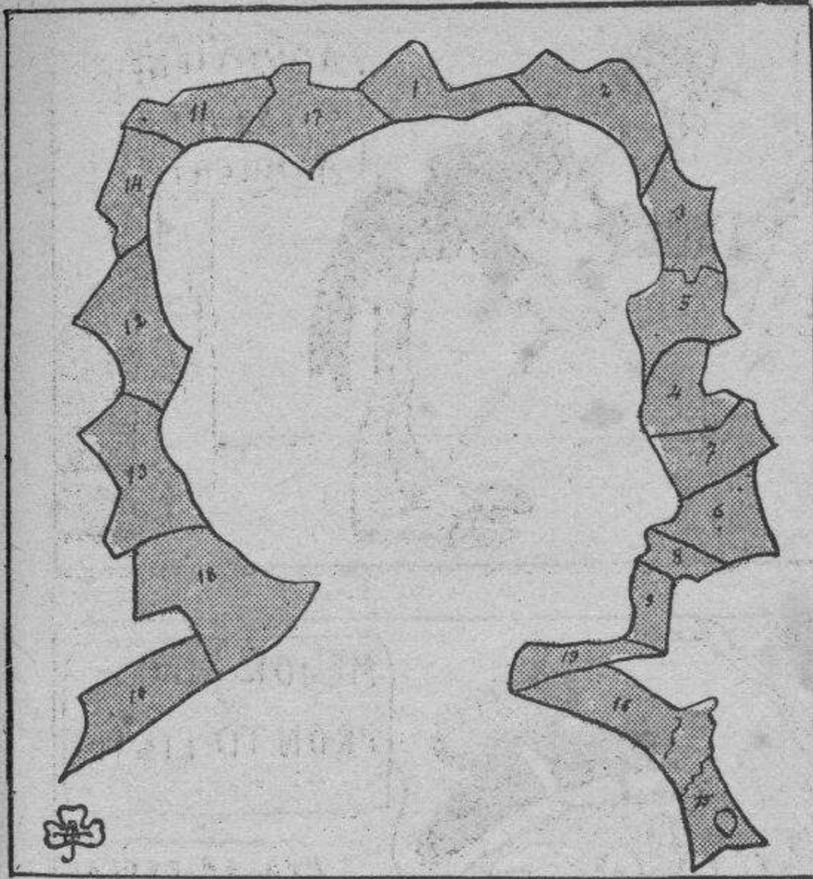
	B	RUCH
TARR	A	SA
MATA	R	O
	V	H
MONTM	E	LO
BADA	L	ONA
MART	O	RELL
ARGE	N	TONA
SAB	A	DELL

A LOS JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

Punto sobre la i
A dos bajo cero
Gran derrota

A LA FRASE EN ACCION

Comer á la carta



(No se ha recibido ninguna solución exacta.)

A LOS PROBLEMAS

$$36 \times 2 = 72 = ; \quad 7 + 2 = 9 \times 2 = 18$$

18 mitad de 36

$$94 + 64 + 54 + 45 + 42 + 24 = 323$$

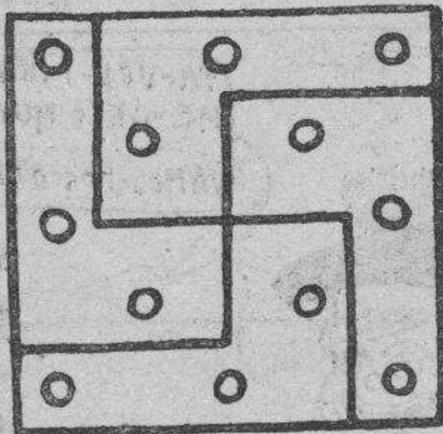
AL PROBLEMA ARITMÉTICO

Para obtener el carbon vendido se necesitaron 846'753 metros cúbicos de madera

A LA ADIVINANZA

Mora

AL PROBLEMA GEOMÉTRICO



Han remitido soluciones. — Al rompecabezas con premio de libros: Teresa Blazquez Pintos, Julia Jimenez, Dolores Bernabé, Francisco Masjuan Prats, Rosendo Mayprou, Luis Sirben, José Ruiz, Domingo Muñoz, Julian Mestre, Antonio Agulló, Arturo Martin, Guillermo Marqués, Ramon Colomé, Julio Estivill y José Grogués. Entre dichos solucionantes se distribuirán los cien cupones canjeables por libros.

A la charada primera: Francisco Masjuan Prats, Washington Miguel, José Fernandez, Jose Pallarés, Vicente Gallen y L. Ramonet.

A la segunda charada: Francisco Masjuan Prats y L. Ramonet.

A la tarjeta: Emilio Pelejá, Antonio Roca Coll (Masnou), L. Ramonet y José Grogués.

Al primer problema: Dolores Deig, José Rafols Prat, Santiago Cabezalí, José Fernandez, Arturo Martin, L. Ramonet, Ramon Fontdevila y José Grogués.

Al segundo problema: Dolores Deig, José Rafols Prat, Miguel Navarro, Santiago Cabezalí, Jaime Franci, José Fernandez, Arturo Martin, Vicente Durán Corretjer, José Pallarés, Vicente Gallen, F. Pineda Roca L. Ramonet Ramon Fontdevila y José Grogués.

A la adivinanza: María Armero, Dolores Deig, Julia Jimenez, Emilio Pelejá, José Rafols Prat, Washington Miguel, Julio F. Macarulla, Santiago Cabezalí, Jaime Franci, José Franco, José Fernandez, Juan Galofre, Arturo Martin, Domingo Muñoz, Antonio Gallart, Vicente Durán Corretjer, José Pallarés, Vicente Gallen, Julian Mestre, José Grogués, H. Pallarols, Enriqueta R. y Güell y M. C. R. (a) *Sucarrimat*.

Al problema geométrico: Teresita Blazquez Pintos, Dolores Deig, José Rafols Prat, Washington Miguel, Santiago Valls Pallejá, Miguel Navarro, José Franco, José Fernandez, Arturo Martin, Vicente Durán Corretjer, José Pallarés, Vicente Gallen, Ramon Fontdevila, José Grogués, Enriqueta R. y Güell y H. Pallerols.

A la combinacion: María Armero, Teresita Blazquez Pintos Emilio Pelejá, José Rafols Prat, Washington Miguel, Enrique Vilaplana, Santiago Valls Pallejá, José Franco, José Fernandez, Arturo Martin, Antonio Gallart, Vicente Durán Corretjer, José Pallarés, J. Pineda Roca, L. Ramonet, José Grogués, Enriqueta R. y Güell y H. Pallerols.

Al problema aritmético: Jaime Franci, Ramon Fontdevila, José Grogués y H. Pallarols.

Al tercer jeroglífico comprimido: Antonio Roca Coll y José Fernandez.

Al acróstico: Dolores Deig, Emilio Pelejá, José Rafols Prat, Arturo Martin, Vicente Durán Corretjer, José Pallarés, L. Ramonet y José Grogués.

ANUNCIOS

AGUA DE COLONIA DE ORIVE

Basta una sola prueba para decidirse por la riquísima **Agua de Colonia de Orive**. El que olfatea unas gotas se afana por comprarla, rechazando todas las marcas. Las extranjeras de algun mérito son carísimas y no pueden usarlas más que los potentados, mal avenidos con sus intereses. El Agua de Colonia de Fárina, el Agua Florida son buenas, mas no superiores á la de **Orive**, siendo ésta 4 veces más barata que aquéllas.

Los que gastan el **Agua de Colonia de Orive**, despues de haber desechado todas las extranjeras, ganan en higiene, gusto, ornato del tocador y en su bolsillo, demostrando ser buenos patriotas, que prefieren lo español á lo extranjero, gastando, por añadidura, mucho menos dinero.

GRASA SUPERIOR para **CARROS**

MARCA

EL PROGRESO

